

José María Sánchez-Verdú

"Hay muchos caminos, y muchas formas de recorrerlos"

Entrevista con el compositor gaditano, de quien ALMAVIVA edita este mes un excelente monográfico

David Rodríguez Cerdán



Foto: Juan Lucías

El año pasado el compositor algecireño José María Sánchez-Verdú estrenaba en el Teatro Real su quinta ópera, *El Viaje a Simorgh*, libremente inspirada en la novela de Juan Goytisolo *Las Virtudes del Pájaro Solitario*. A partir de ese momento saltaba a la palestra mediática un compositor ya de sobra conocido (y premiado) en la escena internacional, y cuyas obras pueden contarse por decenas. A través de su música descubrimos a un autor fascinado por las otras artes, especialmente la literatura, la poesía y la pintura, las cuales habitualmente incorporan en su particularísimo discurso musical, basado en la sensualidad, el contraste y la dimensión orgánica de los materiales musicales; a un compositor que suele beber de nuestra rica tradición árabe (lo que él denomina la "mirada oriental") para reflexionar sobre la propia naturaleza del sonido y la poesía; a un compositor, como Scriabin o Messiaen, para quien colores y formas poseen homólogos musicales y cuyo lema artísti-

co se basa en la innovación y renovación del lenguaje musical.

A su faceta de compositor cabe añadir su ya largo currículum como docente y conferenciante, iniciado a los 21 años en el Conservatorio de Madrid en calidad de profesor de Contrapunto y Fuga y prolongado más tarde en centros como el Mozarteum de Salzburgo, la Universidad de las Artes de Berlín, el Hochschule de Bremen o su actual puesto en Düsseldorf, así como su emergente carrera de director de música contemporánea, a través de la cual se sirve para ensanchar y refinar su arte.

Este mes Sánchez-Verdú estrena nuevo disco en el sello Almayviva, un monográfico dedicado a cinco obras sinfónicas, fechadas entre 1998 y 2003, que exponen idealmente las consignas estéticas de quien ha sido reconocido como uno de los mejores compositores de la actualidad internacional.

DIVERDI: Tu formación se desarrolla entre Madrid, Italia y Alemania, donde estudias con Zender. Los compositores españoles de tu generación necesitáis salir al exterior para ampliar horizontes. ¿Pensas que ha cambiado algo desde entonces?

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ-VERDÚ: El panorama actual no es el mismo que el de hace 15 años; la educación ha mejorado infinitamente y hay muchísimos más compositores. España se ha normalizado considerablemente. Pero a mis alumnos españoles les sigo recomendando que salgan fuera, que respiren otros aires, y en Alemania, como digo yo, "respirando se aprende". Es cierto que aquí hay ya bastantes ciclos potentes y la música actual empieza a hacerse sus huecos, pero sigue habiendo diferencias sustanciales en cuanto a la calidad y la variedad. Allí puedes ver *Doktor Faust* de Busoni un día y un nuevo estreno de algún colega compositor de cualquier nacionalidad al día siguiente...

D.: ¿En qué medida piensas que la influencia de Darmstadt y la vanguardia afectaron al desarrollo de tu creación musical?

J.M. S-V.: Se trata de una cuestión muy relativa. En Alemania hablan de la influencia hispánica de mi música, en España de la alemana y en otros sitios de una influencia italiana. El caso es que siempre te intentan encasillar y en cuanto uno se sale de alguna tradición cercana y conocida enseguida te tachan de germanófilo o de vanguardista. Darmstadt fue un fenómeno muy importante, pero estamos hablando de los años 50. No creo que exista en el presente una tiranía de Darmstadt, sino al contrario.

D.: Tu lenguaje se identifica con las estéticas centroeuropeas más avanzadas, basadas en una música más centrada en su propia naturaleza, mientras que la estética anglosajona se apoyaría más en la comunicación directa con el público. ¿Qué opinión te merece esta doble vía y qué puedes decirnos sobre el papel del oyente?

J.M. S-V.: Es un tema muy interesante y muy importante. Compositores como Adès, Adams o Turnage cultivan una música más académica y conservadora, que no renueva el lenguaje, sino que vive de la tradición de una manera muy evidente, reciclandola. Tal vez por eso le guste a un número mayor de personas que no están cercanas a la música contemporánea: lo conocido siempre gusta más *a priori*. Luego está el otro ámbito musical y que yo vincularía a ciertos movimientos de la poesía, del *nouvel roman* y otras formas de creación artística más renovadores y reflexivos con la materia última con que operan. Una música que reflexiona sobre el material sonoro, al igual que Valente hacía con su palabra poética, o Gamoneda, o Chillida,

"Me encantan las asimetrías, por lo que me da igual tener dos oyentes o doscientos mil."

o Goytisolo ... Una música que juega con la tradición, pero no repitiéndola, sino renovándola, como hiciera Beethoven, quien renovó la tradición como nadie y llevó la música hacia mundos lejanos.

D.: ¿Consideras pues que el compositor actual se enfrenta a la creación desde una mayor libertad que el de hace 30 años, que acaso estaba encadenado a los dogmas de posguerra?

J.M. S-V.: Absolutamente. Uno puede dedicarse a crear músicas enormemente complejas, casi heréticas, o bien abrirse a músicas más cercanas. Nadie te impide nada. Además, habría que distinguir el hecho de que dentro de ciertas corrientes más o menos dogmáticas hay una gran variedad de estilos: por un lado está Lachenmann, pero por otro Henze, que ni se tocan ni se cruzan, son excluyentes... Existen muchos caminos dentro de la música, y muchas formas de recorrerlos...

D.: ¿Ha habido en tu desarrollo un contacto con las músicas más populares, como el jazz, el rock o el pop? ¿Los considerarías parte de tu acervo?

J.M. S-V.: Sí claro. Pero otros colegas míos han vuelto a estas fuentes deliberadamente mientras que yo he preferido buscar la esencia de esas otras músicas, no la mera cita; buscar en ámbitos más lejanos, intentando trascender hacia lo que no se conoce, como decía Chillida. Él, Gamoneda o Goytisolo son autores que han querido romper los caminos y lanzarse al vacío, reinterpretando la tradición, no imitándola. Y así la tradición transpira como en pocos autores actuales, pero de forma mucho más rica y profunda. Ésta, al menos, también es mi postura.

D.: En efecto, como has comentado en alguna ocasión, tu música "está sometida al riesgo de la aventura". Pero, ¿en qué medida crees que esta disposición presenta una asimetría con la capacidad y la tolerancia del público?

J.M. S-V.: El oyente es importantísimo. La propuesta sonora está destinada a él. Pero me encantan las asimetrías, por lo que me da igual tener dos oyentes o doscientos mil. Todo se basa en una decisión personal. Si mi objetivo hubiera sido alcanzar al mayor número de oyentes me habría dedicado a la música de cine, por ejemplo. Por otro lado, esta relación asimétrica ha sido una constante a lo largo de toda la historia. ¿Cuánta gente prestó atención a *L'Orfeo* de Monteverdi en el momento de su estreno? Aunque lo cierto es que estoy acostumbrado a asistir a conciertos donde 1500 personas escuchan música contemporánea totalmente emocionados... Hay hábitos en la escucha, que varían según los países y el tiempo. Bastante tenemos los compositores con ser coherentes con la música que nos interesa crear para preocuparnos

de la expectativa de ese público abstracto al que nos enfrentamos.

D.: ¿Domina la intuición o la especulación cuando te enfrentas al pentagrama, a la página en blanco?

J.M. S-V.: La intuición gana la partida. Ya conocéis la frase de Zubiri: "la intuición es una forma de conocimiento"...

D.: Te hacemos esta pregunta porque da la sensación de que una ópera como *El Viaje a Simorgh*, que tiene unos *aprioris* culturales tan complejos y variados, resulta al final una obra muy sensual y espontánea...

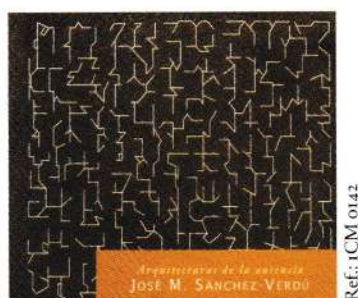
J.M. S-V.: No creo que la sensualidad esté reñida con ese entramado. Como es el caso de la catedral de Santa María dei Fiori, que es una obra hermosísima pero que esconde una labor de planificación inmensa, o el precioso motete *Nuper Rosarum Flores* de Dufay, que es una maravilla, al margen de que se realizara a partir de las proporciones de esa catedral. Cuanta más riqueza cultural e intelectual albergue una obra, tanto mejor. Lo que está claro es que la música no puede justificarse por su aparato intelectual.

D.: Tu obra se basa, en gran medida, en la cultura árabe, desde el lejano *Cuarteto Nazarí* hasta la reciente *El Viaje a Simorgh*. ¿Podrías explicarnos el origen y circunstancias de esta fascinación?

J.M. S-V.: Ha venido por muchos sitios; no creo que se deba simplemente al hecho de que en mi juventud contemplara todos los días desde mi ventana la Alhambra, la sierra y la catedral... Con el tiempo me he dado cuenta de que me fascinan muchos elementos de nuestra tradición, lo que yo denomino "la mirada oriental". Estoy pensando en la caligrafía, en la pintura, la arquitectura o la poesía. Por eso me he enamorado de autores como Palazuelo, quien sin haberse vinculado explícitamente con el mundo islámico sí ha trabajado con elementos típicos de esta cultura, como la repetición, el diseño geométrico o ciertas formas ornamentales. De ahí procede mi interés por los poemas. La palabra "árabe" es "música". En el mundo preislámico no había diferencia entre música y poesía. Por eso me gusta tanto la poesía de Darwish, y sobre todo la de Adonis...

D.: En este sentido, se percibe en algunas de tus series una estrecha relación con las artes plásticas, concretamente con la obra de Klee y Palazuelo, así como un interés por las relaciones sinestésicas. ¿En qué medida te interesa captar la música que hay en las otras artes?

J.M. S-V.: Quizá el primer paso en este sentido lo di al leer a algunos poetas de los siglos XIX o XX,



"Se aprende más como profesor que como alumno."

a Valente, quien afirmaba que todas las artes parten del mismo sustrato y de la misma materia. Siempre digo que he aprendido más música a través del contacto con la literatura que componiendo. Por eso a la hora de impartir cursos y seminarios suelo hablar de cosas peregrinas, como de la forma en que se construyen los panales de abeja, del jardín japonés, o de la caligrafía islámica. Con el paso del tiempo también me he percatado de que trabajo muy sinestésicamente: para mí las notas y texturas tienen colores...

D.: ¿Cómo te resulta posible armonizar la labor compositiva con la docencia y tu ascendente carrera de director? ¿Te planteas tu faceta de director a largo plazo?

J.M. S-V.: Para mí la composición es lo primero. Lo demás son tentáculos que me sirven para enriquecerme. Me estimula mucho lo que uno puede hacer como director, pero no quiero que me quite tiempo de composición. Por eso acepto sólo los proyectos que más me interesan y prefiero dirigir música actual, cosa nada fácil, pues requiere de unos conocimientos enormes. Respecto de la enseñanza lo cierto es que empecé dando clases de contrapunto y fuga en el Conservatorio Superior de Madrid a los 21 años. Todos los alumnos eran mayores que yo y me di cuenta de que se aprende más como profesor que como alumno. El puesto que ahora ocupo en Düsseldorf tiene unas posibilidades fascinantes, porque es muy flexible y eso me permite compaginarlo bien con la composición y la dirección.

D.: Se dice que nadie es profeta en su tierra. Pero tu obra, de un tiempo a esta parte, se toca y se graba en España. Pese a no vivir aquí, ¿sientes que se está reconociendo tu labor?

J.M. S-V.: Sí. Me siento muy afortunado de ser español y de que se me reconozca. No sólo en Madrid, sino también en mi tierra, Cádiz, donde me han hecho incluso Director Honorario de la Orquesta Manuel de Falla, cosa que sólo parece suceder cuando uno tiene setenta años...

D.: Y, hablando de proyectos discográficos, ¿qué importancia le concedes al disco como soporte?

J.M. S-V.: La música es una forma de comunicación y el disco es un instrumento vital en la transmisión. No sólo llega a muchas personas, sino que también es una forma de soporte artístico. Aprovechando la carpetilla y el diseño se pueden transmitir muchos aspectos culturales e intelectuales. El disco es un objeto que posee toda la belleza del museo y creo que debería revalorizarse como objeto en sí más allá de su contenido sonoro...